BARON BIZA

la gran mentira

PROLOGO Y EPILOGO

Raúl Barón Biza (1899-1964)

TIPEO: Federico Alejandro Minolfi

ESCANEOS: Gabriel Waisberg

CORRECCION DE TIPEO: Mojado

BARÓN BIZA

La Gran Mentira (prólogo y epílogo)

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE *"LA GRAN MENTIRA"* DE RAÚL BARÓ N BIZA

El presente volumen recoge el opúsculo que Editorial Caymi editara en 1959, poniendo a consideración del público la novela del mismo título.

"La Gran Mentira" no se editó sino hasta 1963, pero en ese momento Raúl ya había decidido cambiar su título. Así, cuatro años después del primer anuncio de edición, la obra se popularizó como ***"Todo estaba sucio"***.

La lectura de estas páginas conlleva la fascinante experiencia de encontrar una versión germinal de ***"Todo estaba sucio"***, y espiar cómo Barón Biza trabajaba obsesivamente sobre sus originales y jugaba con las palabras utilizadas para lograr el impacto deseado. En eso reside la genialidad de su arte. La pulcritud gramatical, en cambio, lo traía sin cuidado.

Tal perfeccionismo semántico –no formal- no era novedoso: se sabe que la primera edición de ***"El Derecho de Matar"*** difiere sutilmente de las posteriores, por los mismos motivos.

Se reproduce la portada original restaurada, así como las notas del editor de la época (no así el cupón de pedido, para evitar confusiones con la finalidad no lucrativa que tiene esta restauración digital).

Igualmente, en la bibliografía citada se anunciaba la "próxima aparición" de un nuevo libro que llevaría por título ***"Los lobos te quieren manso"***, y cuya edición finalmente no se produjo.

Ello no obstante, se impone aclarar que no resulta conveniente leer este volumen sin haber leído antes ***"Todo estaba sucio"***, ya que aquí se revela el final de esa novela -que es el mismo libro, en rigor- a pesar de los numerosos agregados que Raúl incluyó en la versión definitiva de 1963.

DEL EDITOR A LOS LECTORES:

Cuando una obra interesa al editor, nada más fácil que su inmediata impresión y distribución. Pero cuando el autor limita la edición, el editor debe buscar la forma de su financiación.

Es norma en Europa y en los Estados Unidos que de ciertas obras se hagan tirajes limitados a los bibliógrafos. Estas ediciones numeradas y por suscripción anticipada no llevan finalidad de lucro.

Nada más difícil que encontrar hoy, un ejemplar de las primeras ediciones de los libros de Barón Biza, pese a que sus tirajes batieron récords de librerías.

Barón Biza es un escritor que se leyó ayer, se leerá mañana y siempre. Su realismo le ha valido varios procesos y secuestro de sus libros. Barón Biza –decía la defensa de su novela "El Derecho de Matar"- es el hombre que dice lo que todos callan por vergüenza o cobardía. Es la angustia de la humanidad hecha letra. Es un alarido, un grito en la noche...

La defensa de "Punto Final" remarcaba al Juez: "A través de sus libros, Barón Biza desarrolla una teoría revolucionaria de la vida. Trata de destruir un mundo de iniquidades, para construir sobre sus ruinas una existencia nueva. Es un espíritu vigorosamente dotado de todas sus facetas. Se ha asqueado de tanta inmoralidad, concupiscencia y subversión. Quedan sólo incólumes la idea de Dios, el hijo y la tierra. Nadie puede sentirse agraviado o escandalizado... "

El juez Barrera Nicholson sentenciaba absolviendo: "Podrá decirse que ciertos pasajes de su obra son de un crudo realismo, pero en otros, demuestra un elevado espíritu de exaltación... "

"La Gran Mentira", su última novela -después de 20 años de ostracismo de las letras- tendrá un tiraje limitado a 2.000 ejemplares en rústica y 500 en papel ilustración, numerados, con encuadernación de lujo, y la firma manuscrita de su autor.

Esta Editorial presenta el prólogo y epílogo de la misma a consideración del lector. Se iniciará su impresión una vez recibido el pedido total de la edición. Cúmplenos también remarcar que no es un libro recomendable a menores, timoratos, o pusilánimes.

Tengo ya doscientos años
y un jardín en la montaña.
Quiero reponer su tierra árida
con la fecunda del valle.

BARÓN BIZA

PRÓLOGO

No publiques este libro – me aconsejaron.
No publiques este libro- amenazaron.
No publiques este libro- gimieron los que aún me aman.
-¡Con tu idea de hacer pan de los muertos!...

Yo miro hacia el mañana. Me anticipo a los siglos. ¿Dónde enterrarán los muertos cuando al mundo lo habiten dentro de miles de años, miles de millones?

Precisarán el lugar que ocupen en la tierra. ¿Cremarlos? ¿Hacer humo de esas riquezas mientras la humanidad sufra hambre, frío, sueño?

Habrá que llevarlos al laboratorio, transformarlos, ordenarles en sus compuestos y hacer pan, hostias, para que el mundo comulgue y se purifique en su propia carne y sangre; subdividirlos, deshidratarlos, clasificar sus huesos, sus órganos, sus tejidos, sus hormonas, acondicionarlos en inmensos frigoríficos como reses, o en probetas para usarlos en la medida de las necesidades de los hombres. Usarlos para reparar las retinas cansadas de llorar, los hígados tumefactos por el alcohol estatal, los pulmones cancerosos, los testículos agotados.

Modificarles las circunvoluciones del cerebro, extirparles las de la rebelión, amansarlos, para que no sientan ansias de matar cuando la hembra les traicione, el amigo les robe y el político les engañe.

Transformarlos en abono, en alimento, en aceites industriales, para beneficio de los trust y el progreso del hombre. Disponer por clases sus glándulas, sus espermatozoides, embotellar su sangre, que aún puede ser origen de vida.

El laboratorio hará inmortal al hombre. Negará el mandato divino de "Volver a la tierra" y la manzana bíblica justificará, cientos de siglos después, la eterna audacia de Eva y la sabiduría de la serpiente.

No publiques este libro...

Querrás acusar y no tendrás pruebas. Los jueces están obligados a condenarte. Juraron defender la ley, y la ley no te permite decir más verdad que la que ésta afirma que es verdad. Su verdad debe ser tu verdad. Si niegas su verdad, niegas la ley. Si tu verdad es enfrentada a su verdad, se corre el riesgo de la polémica y discutir con la verdad hecha ley, es rebelión, anarquismo, y ello significa la posibilidad de modificar cómodas poltronas por bancos de fábricas. Te marcarán con rojo y no tendrás derecho de sal ni de fuego.

No publiques este libro...

Los hombres necesitan de sus mentiras, de sus principios, de su historia –no como fue- sino como quisieran y soñaran que fuera.

¿Vas a negar las estatuas, los santos y hasta los dioses? ¿Vas a negar el amor, la amistad, la madre? ¿Vas a desnudar la verdad y exhibir las almas mugrientas y andrajosas? ¿A negarles la careta y el carnaval? ¿Qué les dejas para que puedan vivir sin llorar por lo que ya son?

No publiques este libro...

No los exhibas tal cual los imaginas; fieras de sombrero y corbata, perras de taco alto con rouge en los hocicos.

¿No tienes bastante por haber orado inútilmente por los niños paralíticos y los viejos cancerosos y podridos? ¿Qué culpa tienen de que hayas sido traicionado y vendido por el hermano y amigo? ¿Qué culpa para mancharlos con tus escupitajos de resentido y fracasado?

No publiques este libro...

Deja a los jóvenes con sus esperanzas, con sus gusanos de hoy, que algún día, mañana, serán mariposas. No les robes la luna.

No publiques este libro...
Con él se irá tu compañera.
-**y se irá mi compañera**.
Y tus hijos-
-**y se irán mis hijos**.
Te echarán del rebaño,
-**me alejaré del rebaño**.
Te salivarán el rostro, te venderán, te obligarán a aullar como lobo.
-**y aullaré como lobo**.
Habrá frío,
-**y tendré frío**.

Se hará de noche,
-**y se hará la noche.**
Sentirás sed,
-Sentiré sed.
Tendrás miedo. Estarás solo.
- y estaremos solos.
Dios y yo, yo y Dios...

NO LO LAMENTE

NO OLVIDE QUE LO INVITAMOS

"LA GRAN MENTIRA" es un libro que Vd. comenzará y no abandonará hasta terminarlo, que lo releerá, lo comentará, lo aplaudirá o se rebelará.

Barón Biza no busca el aplauso ni teme a la crítica. Está más allá del presente.

En su última obra desfila una humanidad ahíta y andrajosa. Penetra como un bisturí en los intestinos que dan bella forma al vientre de la amada y los exhibe. Es brutal, despiadado en la verdad. Lastima, hiere, fustiga... En algunos conceptos tenemos que detenernos, cerrar los ojos y pensar. Nadie dijo tan crudamente, tantas verdades, nadie como él osó arrojar a los hombres su dolor.

Las mujeres no perdonaron al autor de "El Derecho de Matar" que las analizara en forma tan íntima y profunda, que descorriera las cortinas de sus alcobas y las exhibiera, en forma tal que sólo le está reservada a los confesores o médicos.

Pese a ello Barón Biza es un gran feminista. En sus libros siempre hay un aliento para aquella que quiere librarse de lo superfluo y lo artificial. En su vida –tan llena de episodios-, hay profundas y emocionantes muestras de respeto a las mujeres que amara.

"LA GRAN MENTIRA", busca un mundo mejor, señala el basural para alejarnos de él. Es el alma cansada de un hombre que regresa en el camino de la vida. Es la obra que usted esperaba, que en lo más recóndito de su conciencia aprobará.

Es la historia de dos hombres y dos mujeres que se mueven en un mundo absurdo, en donde todo les está vedado y permitido a la vez.

"LA GRAN MENTIRA", es un libro llamado a tener uno de los más grandes éxitos literarios y de librería contemporánea.

RESERVE SU EJEMPLAR

EPÍLOGO

Los hombres me enseñaron a hachar.
Que plante el que tenga aún fe.

Lo recordaba todo como una pesadilla, un sueño espantoso, un recuerdo que daba náuseas, le revolvía su estómago.

Matar, herir, robar, violar toda ley. Es la presión de un dedo sobre un gatillo; es penetrar la rodilla entre las piernas de una niña; es tomar de una caja fuerte un fajo de billetes. Pero soportar la cárcel, mirar el sol y las aves a través de la reja; alimentarse con la bazofia; verse privado de la hembra; comprender que se ha perdido el amigo, la amada; saberse muerto y esperar días, meses, años y ver que al pasar de ellos es comprender que lo único que queda son los ojos para llorar y el corazón para arrepentirse.

Dios como máximo castigo, había expulsado del paraíso hacia el desierto a la pareja humana. El desierto era libertad, hambre, pero libertad al fin.

Había creído enloquecer en aquella celda húmeda, sucia, oscura, tétrica. Nadie roba ni mata por el solo hecho de gustar del robo y de la muerte. Caín mata a Abel por un derecho: el derecho del hambriento, que baja de la montaña y encuentra en el valle a otro hombre -hermano o no-, digiriendo plácidamente junto a sus hermosas hermanas, la sabrosa carne de sus ovejas, que simbólicamente ofreciera a Dios. Y cuando el hambriento pide su parte en la mesa y en el lecho, Abel, cobarde y astuto implora ayuda de Dios -hoy la de la ley; la ayuda de la policía, de los jueces, y éstos acuden a defenderlo. Aquél con la maldición y la malintencionada pregunta:

-¿Qué has hecho de tu hermano?

Y él sólo podrá responderle:

-¿Qué has hecho, Señor, Tú de mí?

* * *

Le habían creado para oveja. Exigido que caminara de rodillas hasta que éstas se le hicieran pezuñas.

Le habían hecho tener miedo a la noche y al silencio.

Le habían enseñado a obedecer y temer un uniforme.

Le habían grabado en el cerebro a golpe de cincel:

Perdona al que te estafa y roba.

Perdona a quien en tu ausencia, te reemplazó en el lecho,

Perdona al juez que te condena injustamente y al policía que te veja.

Perdona al poderoso que te ofende y humilla.

Perdona al que plantó un cerco de púas entre tu hambre y su huerto.

Los lobos te quieren manso, con alma de buey, atado al yugo, en el surco de la fábrica y pariendo bueyes.

Y si intentas rebelarte, te arrimarán al rebaño, al ladrido de los perros o al chasquido del látigo.

Y si buscas la selva, que es libertad, tropezarás con el alambrado electrificado, o de nuevo la jauría.

Y si huyes por la ciudad, en una esquina cualquiera, te detendrá la voz de la esperanza. Escucharás al líder que te hablará de tus angustias y tus derechos; de tus derechos a la tierra, al libro, a la huelga...

Y volverás a olvidar tu rebelión de siglos. Le entregarás en la urna el derecho a la ametralladora, a la "picana". ¡Y guay de ti, de tu mujer y de tus hijos si después reclamas por sus promesas! Te darán caza, como a fiera, y te negarán, como Pedro. No te dejarán lugar en el muro donde clavar las pruebas de tu inocencia. Los médicos no darán fe del castigo. Todo aquel que te ayude será motivo de represalias.

Y cuando te canses –porque te cansarás- te acercarás a Caín, un Caín que marcha enarbolando un trapo rojo y lleva un poco de dinamita en su bolso.

* * *

Hacía ya largas horas que viajaba en ese ómnibus, durante las cuales había deshilado dantescamente el recuerdo de su miserable vida de hombre.

A través de la ventanilla, vio las casas que engrandecían en pisos al avanzar sobre la ruta. Contempló cómo los hombres se amontonaban, cómo las casas se apretujaban y crecían en ventanas. La noche se fue perdiendo en la penumbra de los focos callejeros. Las sombras fueron aumentando sus velos. Las personas semejaban un hormiguero en noche de estío. Los letreros

luminosos ya se hacían guiños entre sí. Las mujeres abrieron sus bolsos y empezaron a acicalarse, colocando sobre sus rostros "panqueiques" y coloretes. El ómnibus avanzaba velozmente, despejando la ruta con roncos gritos que simulaban un monstruoso animal.

Montevideo.

Habían pasado muchos años. Ruina, cárceles, vida que lo había convertido en un pingajo. Vida en la cual había dado todo para hacerse noble, vida que lo había arrastrado, vejado, humillado, como si estuviera purgando monstruoso crimen. Vida en la que creyó y quiso ser el hombre bíblico, hermano de sus hermanos, compañero de su hembra, protector de los hijos que no nacieron. Vida que le había salivado el alma, le había trampeado, que le había mentido. Dioses que lo habían engañado negándolo al suicidio, atemorizándolo con castigos infernales, como si su vida no hubiera sido el más infernal de los castigos. Como si la muerte existiera.

Como si ella significara un dolor mayor que el de vivir. Como si el hombre no hubiera ya descubierto que en el laboratorio del universo la muerte no existe; que todo se transforma, que aún destruida nuestra galaxia, mezclados en el polvo cósmico, seremos vida, porque ella está hermanada al misterio de la eternidad de Dios.

La muerte es paz, silencio, noche... En las fronteras de la muerte, se detiene el dolor, el tiempo, la justicia de los hombres.

* * *

Estaba escrito[1].

La noche se hará en pleno día. Sabrás que el ídolo, la carne amada, por quien te vendiste y arrastraste, podía ser de hiena o víbora. Y querrás entonces arrancar las caretas, llorar tu perdón, tu cobardía de empuñar el arma, mostrar a otros el relleno de estopa, acusar.

Y te dirán entonces: "Antes de hablar de la mujer, de la hembra humana, acuérdate que también lo fue tu madre".

Los encontrarás a cada instante en el camino. Son los tarados sexuales, los epilépticos morales, que en su turbia y tormentosa degeneración ancestral, llegan a dar a sus madres formas de mujer y le brindan un sexo, creyendo así sellar tus labios que van a descubrirle la miseria de su hembra, que es su propia miseria.

Cuando hables de la mujer, de la hembra humana, hazlo sin el temor de herir a tu madre, porque entre esta y aquélla no existe nada de común.

La madre es santidad...

La mujer es delito.

[1] **El Derecho de Matar** – Barón Biza.

La madre es espíritu…
La mujer es materia.

La madre es virtud…
La mujer es pecado.

La madre, al dar vida, se transforma en dios, porque ello es virtud de la deidad. Y para los creyentes los dioses no tienen sexo.

La madre sólo será mujer para los leprosos morales o para aquellas que esquivaron el dolor de dar vida.

Si frente a la cuchilla trágica de la ley, viéramos rodar la cabeza de un infeliz o un rebelde, llegaría hasta nosotros el eco de un alarido, como suprema y postrera imploración, de la que lo concibió en las entrañas. Y si luego recorriéramos las casas del pueblo, encontraríamos una madre cuyos ojos están vertiendo sangre a manera de lágrimas, por el hijo que acaban de arrebatarle, y la otra –esposa o amante- que arregla la alcoba para ofrecérsela al hombre que reemplazará al que acaba de perder.

Si das un sexo a tu madre, si discutes el dogma, si entras cubierto al templo, habrá muerto en ti el hombre para dar paso a la bestia…

* * *

La mujer moderna ha buscado en las fuentes del trabajo, el medio que le de la independencia de amar. Derecho que le fuera prohibido durante milenios. Derecho de vivir frente al sol, de ennoblecer el acto carnal que precede a la maternidad.

De hoy en más, su vientre será altar donde se oficiará sólo misa de vida. Atrás, en la historia, quedará el cruel cinturón de castidad, el serrallo, la torre medieval.

Al asomarse la mujer a las fuentes de la sabiduría, al gustar de la búsqueda de la verdad, descubre que puede formar junto con el hombre, la pareja ideal. A medida que avanza en sus investigaciones, que más estudia, más fácil le es convencerlo.

No quiere continuar siendo vendida. Reclama un lugar, el derecho de opinar, el derecho de autodeterminación. Se rebela a la mentira; busca en la felicidad del hombre, su propia felicidad. Le invita a construir un mundo distinto, formar una nueva moral, crear un nuevo pudor. A cambio de ello, se ofrece para cualquier burla o sacrificio.

Quiere ser amada, comprendida por sus cualidades espirituales, no deseada por sus formas. Desprecia a la mujer como hembra

humana. Sabe que la liberación de su terrible problema sexual, la encontrará en el trabajo y en el estudio que le darán independencia económica y libre albedrío.

No recuerda la historia una lucha más tenaz, más cruel, de cualquier núcleo humano, que la milenaria lucha de la mujer que quiere liberarse y superarse.

Ayer eran pocas, hoy son más. Si el destino hace que te encuentres con una de ellas en tu camino, si te señala como su compañero, se habrá hecho en tu alma y en plena noche la luz.

Ya no tendrás más miedo. No estarás más solo. No buscarás más a Dios, porque en ella habrás reunido el motivo de la misma vida. Poseerás el secreto de la eternidad y frente a ella, cuando el dolor de la maternidad la santifique, podrás quemar, como en el templo, mirra e incienso.

* * *

Habían pasado muchos años; en su recuerdo, María del Carmen lo esperaba en su fina silueta y sus ojos verdes, oscuros, insondables.

En su recuerdo, habíase borrado hasta el defectuoso andar de María del Carmen. La recordaba elegante, sobria, con sus cabellos castaños ondulados y su rostro sin maquillaje. La recordaba cuando aquella noche ofreciéndosele fueron sorprendidos por Aurelia; cuando le brindara por vez primera sus labios al duco, tibios y húmedos como anticipo de su sexo.

Él llegaría como el Cristo crucificado al reino de los cielos. Él obtendría para la vida el perdón de sus errores.

¡María del Carmen! Aquella mujer que tan devota y pacientemente lo esperara. Aquella mujer, hoy famosa y rica que, imaginaba, todo hombre quisiera para él.

* * *

El tránsito se hacía más lento a medida que avanzaba por la avenida Agraciada. La reconoció, pese a sus edificios monumentales. La ubicó en el recuerdo. Los bares en las esquinas, característicos en Montevideo, ciudad que en un concurso mundial podría vanagloriarse de poseer, en proporción, la mayor cantidad de ellos.

Los canillitas ofrecían lo que el hombre de la calle debía opinar:

¡Viva Perón! ¡Muera Perón!

Y todo a cambio de negar o aprobar la exportación de arena o la facilidad de turismo.

* * *

¡María del Carmen! Se imaginaba el encuentro. Seguramente, irían a su departamento. Esa noche sería el festín de su vida. La revancha. La poseería dos, tres veces seguidas sin dejarla levantarse, mordiendo sus diminutos senos, besándola en la espalda, en su vientre, sintiéndose ariete contra aquellas carnes duras y soñadas.

En un principio –pensó- , tendría que vivir de ella, de su riqueza, usufructuar su nombre.

A su edad, con sus cabellos empolvados por los años, con su vientre de medio mundo, y su andar imantado a la tierra, ¿quién daríale trabajo? ¿Qué empresa le pagaría sus aportes jubilatorios? Caballo viejo al que se abre la tranquera para que muera de sed en el camino. Sólo le quedaba aquella mujer, aferrada al recuerdo.

Después organizaría su vida: trabajaría. ¿En qué podría trabajar? ¿Qué podría hacer?

Bebió otro trago, ante los ojos indignados de sus compañeros de viaje. Una señora hizo un gesto repulsivo. Él le contestó con una mueca.

Irían a Europa –continuó pensando-, se instalarían en París y viajarían a Venecia. Y no pasarían por Bandol, ni Cruz del Sur.

En realidad ¿existió Bandol? ¿La mataron a aquella mujer? ¿La hubiera salvado a Aurelia aquella inyección? ¿Para qué le sirvió el dinero que le diera José Antonio?...

Vació el resto de la botella.

Los pasajeros lo miraron. Estaba borracho. Como lo estuviera en los últimos años, para olvidar el fracaso de sus sueños; de una vejez rodeado de los hijos que Aurelia le había negado, burlando la ley que le mandaba crecer y multiplicarse. Como lo estuviera para olvidar aquella maldita carta.

Porque él no era culpable. Culpable era la vida, las circunstancias que habían rodeado los hechos. Él no era un criminal. Él no había matado, sino en un derecho, en el derecho del hombre ultrajado por la que cree adúltera.

Derecho que nos llega desde la caverna, que existe en nuestra piel, que manda sobre nuestros músculos al saltar y apretar sobre la garganta para borrar las huellas que imaginamos en ella, de besos de otros hombres. Derecho que no puede negarnos el código, porque llega con nosotros a la vida, junto con el protoplasma, se incuba en el espermatozoide y se afianza a medida que se nos despierta el deseo.

Él no era culpable. Si Aurelia no lo engañó, la vida la hubiera llevado inexorablemente a ello. Entonces -¡bien muerta!- se dijo.

De haber nacido años después, cuando la mujer se libertara, cuando el cine americano le hubiera inculcado la obligación del lavado de la vajilla, cuando Ogino hizo a la hembra humana dueña de su cuerpo, cuando el divorcio la convirtió en una meretriz honorable, él no se hubiera rebelado.

* * *

Estaba borracho, como lo estuviera cuando vio secarse sus olivares porque Dios no quiso bendecirlos con sus lluvias, quizá porque no le gustaran aquellos hombres que osaban mirarlo de frente. Estaba borracho, como aquella primera noche en que besara a María del Carmen.

-El alcohol –pensó- es el hada buena que remplaza los cuentos de la niñez, que nos hace soñar con países maravillosos en que los lobos juegan junto a las ovejas. El alcohol es el hermano de los que ya perdieron toda esperanza, es el último amigo del hombre.

El ómnibus aminoró la marcha, giró en torno de la plaza Libertad, y fue a estacionarse frente a las oficinas de la empresa, siendo rodeado de inmediato por un grupo de personas que esperaban a los viajeros.

Roberto tomó su sombrero y aguardó el lento descender de los pasajeros que le precedían. Ansioso, se aproximó a su ventanilla.

A pocos metros, frente a la puerta, vio la luz maravillosa de los ojos de María del Carmen. Aquellos ojos que le recordaron toda su vida. Y como a través de una niebla, la vio de pronto desformarse, diluirse su recuerdo.

Estaba ahí, con aquellos ojos enmarcados no ya en el fino rostro que recordara, sino en una grotesca careta humana.

Diez años: ¿sólo diez podían haber bastado para transformarla en aquella caricatura?

Los diez años del derrumbe en la mujer, en que no basta el régimen ni el maquillaje. Los diez años que la transforman en un monstruo repelente, fofo o apergaminado, en donde la presión del terso vientre cede a la de los intestinos, cansados de su labor. En donde las nalgas, aquellas nalgas que fueron de potranca, se resumen o se agrandan en reservas grasientas. Aquellos diminutos senos, que se han ido hinchando, y se intenta vanamente aprisionar en los "soutien-gorge" o se han convertido en vacías y estériles ubres, transformando toda aquella belleza –flor de un segundo- en la más brutal y realista caricatura de la naturaleza.

Era verano. En los brazos desnudos de María del Carmen, reflejábase el cansancio de sus años místicos, en vana espera del macho. Estaba preparada para la fiesta del amor. Preparada como una vieja solterona con olor a niño, para su primera y única noche.

Sintió miedo. Un miedo horrible a acercarse, a tocarla; un miedo espantoso al saberse obligado a poseerla. Y se encogió en el asiento, se achicó, se apretó, al piso, horrorizado ante la verdad de esa noche. Ante esa carcajada de la vida.

Juntó su frente al polvo entre los dos asientos; sintió pasar a su lado los zapatos claveteados de los hombres; escuchó bajar sus compañeros de viaje, entre el parloteo y ruido de valijas.

Una voz chillona, machorra, llamó:

-¡Roberto! ¡Roberto!...

Guardó silencio, como debió haber guardado silencio el hombre desnudo de la prehistoria, ante el aullido nocturno de las fieras.

¿Cuántos minutos o años pasaron? Cuando el ómnibus se puso en marcha, él se levantó. Avanzó por el pasillo hacia el conductor, y éste, sorprendido al verlo le gritó:

-¿Qué hace usted acá?

-No pregunte, pare; voy a bajar -le ordenó.

El vehículo frenó en la esquina. El conductor, atemorizado ante su voz y su mirada, abrió la puerta. Roberto descendió encontrándose en la costanera que bordea la ciudad de Montevideo.

* * *

La costanera montevideana es, en la noche, semejante a todas las costaneras del mundo. Sus luces bordean y se reflejan en el agua. Roberto se detuvo frente al azogue del estuario. Algunas palmeras decoraban tropicalmente el paisaje.

La luna, una luna plástica, las duplicaba sobre el asfalto, tenuemente iluminado por los focos de las pequeñas lunas artificiales.

En un banco, la eterna pareja se manoseaba prometiéndose amor eterno.

Un policía uniformado los vigilaba, custodiando la moral.

Roberto avanzó tambaleándose hacia el agua; se apoyó en el parapeto de piedra granítica labrada, que le resguardaba de la marea que bañaba las amarillentas arenas de la playa. La luna completaba mansamente el decorado. Porque la luna es mansa, tiene alma de vaca, es tímida; tiene complejos de monja y de recién casada.

Roberto sintió un gusto amargo que le llegaba de los intestinos al estómago. Quizá bilis, defensa orgánica, y salivó en la arena.

Miró la pareja, como siluetas recortadas en las sombras, y sintió una lástima enorme ante la estupidez de la mujer que se niega sus primeros diez años, para ofrecerse por los veinte que le siguen.

Quiso ayudar al hombre; le pareció que la luna era una cómplice de la mujer y rabiosamente, estiró el brazo hacia la luna.

De pronto la sintió en su mano, fría, resbalosa, plana, transparente como si fuera de porcelana china; la contempló un segundo, y la puso en el bolsillo del perramus, temeroso y asombrado del hecho.

-¡Nos robó la luna! -chilló la mujer.

-¡Al ladrón! -gritó el hombre.

Roberto intentó disparar. Corrió unos metros, perseguido por la mujer, el hombre y el policía.

-¡Nos robó la luna! -chillaba la mujer.

-¡Al ladrón! -gritaba el hombre.

El brazo del uniforme policial, lo atrapó.

-Papeles -pidió el policía, manteniéndolo sujeto.

* * *

Papeles, papeles que digan de nosotros, no lo que somos, sino lo que ellos dicen. Papeles, con una firma de comisario, un sello oficial, que nos da derecho a ser respetados, a tener alojamiento, una hembra, un padre. Papeles que significan ser algo y alguien, pero que la voluntad de cualquier policía puede negarnos.

Negarnos el derecho a vivir. Negarnos el derecho a trabajar. Negarnos el respeto de los hijos.

Papeles. Papeles que no tienen valor frente a la carne y sangre de los hombres. Papeles que se necesitan para nacer, para alimentarse. Montañas de papeles; pasaportes, certificados de buena conducta, de réditos, de estado civil, de vacunas. Papeles, siempre papeles. Desde que se nace, hasta que se muere...

-¡Papeles, documentos! -insistió zamarreándolo.

La noche había hecho más noche. En la oscuridad de ella, la luna, delatándolo en el bolsillo del perramus, emitía tenue claridad.

-¡Nos robó la luna! -chillaba la mujer, pensando que el hombre no cumpliría el juramento hecho ante su luz, de amarla eternamente, que perdía su único testigo.

-¡Al ladrón! -repetía monótonamente el hombre.

Roberto se desprendió en un movimiento, violentamente, del policía que, atemorizado ante el gesto, retrocedió y se detuvo frente a él.

-¡Nos robó la luna! -insistía la mujer.

-No tengo papeles -respondió Roberto.

-Está detenido -dijo el policía, avanzando hacia él.

-¡Nos robó la luna! -chillaba la mujer.

-¡No tiene papeles!... -dijo el hombre como un eco.

Roberto sintió una arcada. Era la reacción normal del hígado. El alcohol ingerido –cerrada su eliminación natural- volvía a su boca. Desabrochó el perramus, y bajó su mano hacia el bolsillo trasero del pantalón, en busca de su pañuelo. El policía dio dos pasos atrás. Era de noche y tenía mujer e hijos.

-¡Nos robó la luna! -chillaba la mujer.
-No tiene papeles -repetía el hombre.

El revólver del policía encañonó a Roberto y disparó, en el momento que el pañuelo blanco aparecía como una bandera de rendición a la vida.

Avanzó trastabillando hacia el uniforme azul con botones dorados, y apoyándose en él vomitó todo el contenido de su estómago.

Un olor agrio se expandió en la noche.

La mujer se aproximó, e intentó sacar la luna del bolsillo.
Roberto se inclinó lentamente y cayó de hinojos buscando la madre tierra, que tanto amara, hecha asfalto y endurecida por los hombres. Porque los hombres han enterrado su corazón junto a la madre tierra, bajo el cemento de sus ciudades.

FIN

Raúl junto a su gran amor, Myriam Stefford.

Obras de **Barón Biza** restauradas digitalmente:

1924 – Risas, Lágrimas y Sedas (cuentos)

1933 – Por qué me hice Revolucionario (política)

1933 – El Derecho de Matar 1º Edición (novela)

1935 – El Derecho de Matar 2º Edición (novela)

1941 – Punto Final (novela)

1941 – Lepra! (fragmentos)

1952 – Un Proceso Original (ensayo – autoría atribuida)

1959 – La Gran Mentira (fragmentos)

1963 – Todo Estaba Sucio (novela)

El presente volumen no tiene fin de lucro alguno. Está destinado exclusivamente a la recuperación histórica de la obra literaria de Raúl Barón Biza, ante la inacción de las editoriales argentinas.

Su restauración digital no implica compartir la totalidad de las opiniones del autor sino simplemente un interés en que sus trabajos estén al alcance de cualquiera.

Si esta colección te parece digna de ser difundida, compartila con tus amigos vía e-mail, o de la forma que creas más conveniente.

Si tenés otro libro de Raúl que no hayamos restaurado todavía y quisieras compartirlo con el mundo, por favor escribí a:
aleminolfi@yahoo.com.ar
waisberggabriel@hotmail.com

Los restauradores.

Agradecemos muy especialmente a: José Playo, Walterio y todo el staff de la Revista Peinate; Emilio Fernández Cicco; Hernán Isnardi; Natalia Rossi; Efraín Bischoff; Ofelia Gutiérrez Barón; al blog Inmaculada Decepción; Luis Rosanova; Ana María Bazán; Dra. Marcela Aspell; a la Junta Provincial de Historia de Córdoba; a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC) y a todos los que pudiéramos haber pasado por alto en esta ocasión, y que de una forma u otra han colaborado con nosotros.